

II.

RESPECTIVAS SITUACIONES.

Explicaré la situación de Diego y Julia antes de dar entrada á nuevos personajes en este libro de mi historia.

El golpe cruel con que le habia abatido la suerte puede asegurarse que fué la regeneración moral de Diego.

Reconoció los extravíos de su vida pasada, y se dijo, llorando de temor y de vergüenza :

— Mi esposa, tan ultrajada, tan ofendida por mí, debería abandonarme ahora en mi desgracia.

Sin embargo, Julia no le abandonó : consagróse á su marido con la ternura más solícita y más exquisita, y se convirtió en una Providencia, que velaba por él á todas horas.

Necesitábase esta desgracia para que el deber trajese el olvido al alma ulcerada de Julia; sin aquel rudo golpe de la suerte, jamás hubiera podido olvidar la joven los ultrajes de su marido.

Pero ¿qué rencor era ya posible al mirarle tan desgraciado? Julia dió gracias á Dios al verle en tan deplorable situación, porque ya habia perdido el derecho de su resentimiento.

Tal vez no hubiera pensado así si no hubiera aún existido en su alma una centella de amor; pero en las almas generosas y apasionadas tardan largo tiempo en apagarse las luces de un amor grande y verdadero.

Diego se vió asistido y cuidado como si hubiera sido el mejor y más justo de los hombres; pero Dios dejó en su alma una eterna y dolorosa desconfianza, y sentíase además humillado por aquel amor que no habia merecido en manera alguna : á cada nueva prueba de la ternura y generosidad de Julia se decia : « ¡Esto es compasión! ¡Sólo compasión! ¡Ella no puede amarme, porque la he ofendido mucho! ¡Desgraciado de mí!»

Al llegar á Madrid, con su amiga, el padre de ésta y don Fernando, Julia les anunció su firme resolución de vivir en el retiro y de consagrarse al trabajo, y añadió que no queria habitar en la corte.

— ¡Dios mio! exclamó Clemencia; ¿y qué vas á hacer?

— Viviré en un pueblo.

— ¡Yo abrigaba la dulce esperanza de que jamás nos separáramos!

— Tu suerte está asegurada, querida Clemencia : la mía ha sido hasta hoy muy infeliz : necesito de tranquilidad, de reposo y olvido.

— ¿Y no tendrías todo eso en Madrid?

— Imposible : viviré en Madrid cuando haya reunido lo necesario para la curación de mi marido.

— Pero ¿no te he ofrecido yo lo necesario para conseguirla?

— Es verdad, y yo no lo he aceptado : el trabajo es

una de las sagradas obligaciones de la vida : yo te debo lo que ha costado el viaje desde París aquí, y te lo pagaré.

— ¿Es posible que me hables de eso? ¿no somos hermanas de corazón?

— Querida Clemencia, repuso Julia tomando con ternura la mano de su amiga, la amistad, para conservarse pura y sana, necesita que no se abuse de ella, y yo he abusado bastante de la tuya : no es esto decirte que yo tema que me falte jamás : hasta hoy he sido sólo desgraciada, y sin embargo, me reprocho como una falta muy grave el tiempo que he pasado sin trabajar pudiendo y debiendo hacerlo.

— Ni uno ni otro, mi pobre amiga : no podías, por el estado de tu espíritu, y no debías, por esa misma imposibilidad : ¿qué puede hacerse cuando las penas del ánimo minan la existencia y consumen la fuerza moral?

— Esa ha sido hasta hoy mi excusa : hoy cesa de serlo, porque hay á mi lado otra pena más grande que la mía : trabajaré por Diego y para Diego.

— ¿Y qué piensas hacer?

— Lo primero en que me ocuparé será en concluir su cuadro.

— ¡Su cuadro!

— Sí : el que pintaba cuando quedó privado de la vista : luégo copiaré su firma al pié : no quiero que renuncie á su parte de gloria : así que esté el lienzo terminado lo enviaré á París.

— ¿A quién?

— A Mr. Picard.

— ¡Ah, tu decision no puede ser más noble! exclamó Clemencia, de cuyos ojos caian algunas lágrimas; ¡pagar así el daño que ese hombre te ha hecho!

— Dios dice que no nos perdonará si á nuestra vez no perdonamos.

— Pero, dijo Clemencia, ¿á qué salir de Madrid? Tú, llena ya de gloria y dotada de tantos medios para adquirir mucha más, ¿por qué has de ir á encerrarte en una aldea? ¿por qué te has de oscurecer así? Lo mismo podías establecerte en Madrid.

— No lo creas : para eso necesito de más medios : bastan muy pocos para vivir en un pueblo : además, ya te lo he dicho, necesito retiro y descanso para mi espíritu : necesito pasearme por el campo, vivir en él y elevar á Dios mi alma dolorida de vez en cuando : no me ofrezcas ya nada más, Clemencia, y déjame que adquiera valor para andar el camino de la vida : ya he olvidado mis sueños de gloria, y me he convencido de que ésta es un fantasma, que jamás puede alcanzar la mano débil de la mujer : mi anhelo hoy es trabajar como un obrero, á fin de adquirir el dinero necesario para vivir, ahorrando la cantidad que pide ese doctor inglés por devolver á Diego el uso de la vista : luégo que él esté curado, él decidirá de nuestro porvenir, y espero que no querrá salir de nuestro retiro.

Clemencia no insistió más : conocia la sublime fortaleza de este propósito, y ya no procuró otra cosa que proporcionar á su amiga los medios de llevarlo á cabo.

Julia fué un día sola á Vallecas, y alquiló aquella modesta casita por un precio muy reducido : la amuebló

con lo más indispensable—para lo cual aún tuvo que aceptar otra corta suma de su amiga—y volvió á buscar á su esposo, instalándose con él allí y buscando para que los sirviese á una muchacha del pueblo.

Su primer cuidado fué acabar el cuadro de su esposo, que era de una gran belleza, y segun habia dicho á su amiga, lo envió á Mr. Picard, creyendo que se lo pagaria mejor que en Madrid.

En la tarde de que vamos hablando, aún no habia recibido contestacion alguna del comisionista, y anhelaba acabar lo ántes posible su Santa Teresa, que era para la condesa de G....., residente en Madrid, y á la cual habia hallado Clemencia modo de interesar en favor de su amiga.

Clemencia se habia casado ya con el amigo de su padre, desde un mes despues de su llegada á Madrid; y léjos de arrepentirse de aquella decision, que salvaba á su padre de la miseria y del viaje á América, tan temidopor su amor filial, cada dia aplaudia más el pensamiento que habia tenido de verificarlo.

Era su esposo uno de esos ancianos que honran las canas, porque la nobleza y dignidad de sus acciones no se desmienten nunca: severo y probo, era al mismo tiempo accesible, afable y cariñoso en la vida doméstica.

Clemencia, con la magia seductora de su talento, consiguió que cambiase sus hábitos de holgura y de comodidad, en cuanto al traje, por un esmero que excluía la afectacion, pero en el que sobresalia el buen gusto, y poco á poco la jóven esposa llegó á ser el árbitro de todas

las acciones de su marido, que la consultaba para todo y oía su parecer con extrema deferencia.

Clemencia era feliz; sosten á la vez de la dicha de aquellos dos ancianos, sólo de ésta se ocupaba; tal vez, sin conocerlo ella misma, su alma se enfriaba entre aquellas dos almas sin entusiasmo, y se marchitaba su juventud al lado de aquellos cabellos blancos; pero la paz de que disfrutaba era tal, que nada más deseaba en el mundo.

Consagróse enteramente á escribir, despues del cuidado de su padre y de su esposo, y de esas pequeñas atenciones de la casa, que jamas desconoce una mujer que desea cumplir su mision.

Casi todas las semanas veia dos veces á Julia, y pasaban la tarde hablando y contándose sus sueños para el porvenir.

Cualquiera que hubiera oido las confianzas que mutuamente se hacian, y sus casi infantiles confianzas, no hubiera creido que eran dos mujeres dotadas de genio, porque, desgraciadamente, se cree que en nuestro sexo es el talento inseparable de la arrogancia y de la pedantería.

Nada más suave, más fresco, más encantador que aquellas dos jóvenes, rubia y delicada la una, morena y rosada la otra, ambas de frente pura y de mirada dulce y serena.

Un día en que fué Clemencia á ver á su amiga, hallándose ambas sentadas en el banco de césped del jardin, dijo aquélla:

—¿Sabes, querida Julia, que me han dicho una cosa que te va á hacer reir?

- ¿De véras? Ya sabes que no soy muy risueña.
- Pero esto es muy gracioso.
- Veamos.
- Pues has de saber, prosiguió la jóven bajando la voz, que hoy me han dicho que hay una persona muy enamorada de mí.
- Pero ¿esa persona ignora que eres casada? preguntó cándidamente Julia.
- Lo ignora, y me amaba cuando era viuda.
- ¿Y no sabe que te has casado?
- No.
- Permíteme decirte que eso es muy extraño.
- No te parecerá tanto, cuando sepas que se halla léjos de Madrid hace algunos meses.
- Lástima es que haya recordado tan tarde.
- ¿Por qué?
- Porque hubiera podido casarse contigo.
- ¡Si él es casado!
- ¡Casado!
- Sí: segun me han dicho, es un amor romántico, que tiene su asiento en la cabeza.
- ¿Y cómo te ha conocido?
- En mis libros.
- No comprendo.
- Se enamoró de lo que yo escribía, como puede mañana enamorarse de tus cuadros.
- ¿Y quién te ha contado eso?
- Un amigo tuyo, que visita nuestra casa.
- ¡Ah, si lo hubiera oído tu marido!
- ¿Y qué importaba? ya sabe cuánto le amo.

- Querida Clemencia, respondió Julia con alguna seriedad, temo que te estás burlando de mi credulidad siempre que me dices lo que ahora.
- ¿No crees que pueda amar á mi marido?
- No.
- ¿Cómo llamas entónces al sentimiento que éste me inspira?
- Respeto, estimacion, lo que tú quieras.....
- ¿Méenos amor?
- Ciertamente: méenos amor.
- Pues has de saber que le amo, ademas de respetarle.
- Como se ama á un padre.
- No sé de qué clase es el amor que le profeso; pero sé que le amo bastante para serle fiel hasta de pensamiento.
- ¿Pensarás siempre así?
- No lo dudo.
- Yo sí, y temo que ese amador tuyo no sea bastante feo para no impresionarte.
- Dicen que es uno de los hombres más agradables y simpáticos que se pueden hallar.
- ¿Supongo que huirás de él?
- No por cierto.
- ¿Cómo!
- Por el contrario, me haré amiga de su mujer.
- ¿Para qué?
- Para desilusionarle, ó más bien, para decirle á ella de qué suerte le ha de ilusionar.
- ¡Ah, Clemencia, mira que ese juego puede ser muy peligroso!

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
No. 1625 MONTERREY, MEX.

— No lo creas : nada es más fácil que ser buena : sólo que yo no sé practicar la virtud vulgarmente; si ese hombre me ama, huir de él sería aumentar su pasión.

— ¿Y crees curarle acercándote á él?

— ¿Quién lo duda?

— Yo.

— Pues yo te convenceré de que nada es más fácil que curar una pasión, y más cuando es culpable.

— ¡Ay, pobre amiga mía! murmuró Julia meciendo tristemente la cabeza; eso será muy fácil si tu corazón puede permanecer tranquilo; pero muy difícil si se llega á interesar.

— Yo tengo dos afectos que me defienden de toda otra pasión, repuso Clemencia con voz conmovida; amo á un muerto y á mi marido; esto último no niego que será muy prosaico, pero es muy saludable también para el ánimo : no temas, pues, por mí.

Algunos días después de esta conversación es cuando Julia y su esposo se hallaban sentados en su jardinillo, donde volveremos á encontrarles.

Diego, absorto con la esperanza de recobrar pronto la vista, había quedado silencioso y pensativo; Julia miraba coger cerezas á Florentina, y ésta se daba prisa á despojar el árbol, cuando fué interrumpida en medio de su tarea por un golpe dado á la puerta, y salió á ver quién llamaba.

— Es el cartero, dijo, volviendo, que ha dejado dos cartas sobre la mesita del patio.

— ¡Dos cartas! exclamó Julia estremeciéndose; corre á buscarlas.

— ¿Por qué te alteras así? preguntó Diego con acento receloso, pues más de una vez se había dicho que su mujer sostenía relaciones con Rafael.

— No sé, respondió Julia; la llegada del correo me impresiona siempre.

Diego, poco satisfecho con estas palabras, bajó la cabeza con aire sombrío.

Florentina entró con las dos cartas, que entregó á su señora.

Las dos traían el sello de París.

— Lee en voz alta, dijo Diego, con un acento en que se descubría ansiedad y cólera, porque había notado el temblor de su mujer, sentada al lado suyo.

— Luego, dijo Julia, cuya voz era trémula; déjame leer antes.

Y rompiendo el sello, pasó rápidamente la vista por la primera carta, que era muy corta.

— ¿Por qué no lees ahora, en seguida?.... preguntó Diego, que temblaba á su vez de indignación.

— ¡Oye, oye! exclamó Julia; ¡ya puedo leerte esta carta! no quería hacerlo antes, porque temía una mala noticia.... ¡pero ya veo que somos dichosos!

Y Julia leyó así, con voz entrecortada por las lágrimas de alegría que se agolpaban á sus ojos :

«Mi estimada Mad. Blanford : Ha llegado á mi poder el hermoso cuadro de su esposo que se digna enviarme, y á la verdad que ni yo, ni ninguna de las personas competentes que le han visto, hubiéramos creído jamás que tuviese tan sobresaliente talento : me lo quedo, porque ya lo tengo vendido al Museo nacional, donde hará

una digna pareja con el de V., colocado allí el año pasado.

» Por acá se había dicho que Mr. Blanfort estaba mal de la vista; pero debe ser mentira ó debe estar curado ya, cuando tan brillante trabajo ha concluido.

» Dígame V. que se presente en la casa francesa en Madrid, G..... y Compañía, á cobrar diez mil reales, valor que me cargarán en cuenta, y creo inútil advertir á V. que todos los cuadros que reciba, así de uno como de otro, serán admitidos, y satisfecho su importe á la mayor brevedad.»

— ¿Qué es lo que oigo? exclamó Diego, de cuyos ojos sin luz brotó un rayo de alegría; ¿qué cuadro es ése, Julia? ¿de qué obra mia hablan?

— Del que estabas pintando cuando Dios te envió la enfermedad á la vista que padeces.

— Pero..... ¿quién lo ha terminado?

— ¡Yo! y al pié he copiado tu firma: vamos, ya estamos iguales, prosiguió Julia: tu cuadro está en el Museo con el mio: *El Egoismo* y *El Arrepentimiento* han llegado á la misma altura.

— ¡Oh, pero vale mucho más el arrepentimiento! exclamó el pobre ciego arrojándose á los piés de su mujer; ¡oh, Julia, besando el sitio donde pones tu planta no conseguiria pagarte lo que te debo! ¡perdóname tú, que eres un ángel, todo lo que te he hecho sufrir, todas las penas que te he ocasionado!

— ¡Vamos! ¿quieres hacermellorar? preguntó la jóven, que lloraba en efecto, pugnando por levantar á su marido; vén, siéntate, y domina esa emocion sin causa, que puede serte peligrosa.

— ¡Peligrosa! ¡Ah, no, no! estas emociones dan la vida.

— ¿Hay cosa más natural que lo que yo hice? ¿Al unirnos, no hicimos bienes comunes de todo lo que nos pertenecia? ¿Y no estabas tú imposibilitado para ganar gloria? Pues bien; ¿qué hay de extraño en que yo haya querido ganarla para tí? Estimo mucho más tu tranquilidad, tu amor hácia mí, que todos los triunfos de mi arte, y jamas habré creído tener un tiempo mejor ocupado que el que he empleado en acabar aquella hermosa obra: vamos, es asunto terminado: siéntate al lado mio y abriremos esta otra carta.

Diego obedeció á su esposa: se sentia delante de ella tan inferior y tan humilde, que no podia resistir á la magia de su voz.

Julia tomó la otra carta, miró el sobre y dijo:

— La letra es de Adelina.

— ¿De Adelina? repitió su esposo.

Y á la expresion de tierno reconocimiento y de entusiasta alegría que se pintaba en sus facciones, sucedieron nubes sombrías.

Julia no reparó en este cambio y leyó lo que sigue, en alta voz:

« Mis inolvidables y queridos hermanos: Os voy á dar una noticia que os será agradable; yo, á lo ménos, estoy loca de alegría: habeis de saber que Rafael ha comprado una quinta muy cerca de Madrid y al lado del pueblecito que se llama Vallecas, y en el que vosotros vivis; y habeis de saber ademias que pocos momentos despues que salga esta carta salimos nosotros

tambien para residir en ella. ¡Figuraos si estaré contenta!

» Participa á nuestra amiga Clemencia esta alegre nueva, y dile que deseo con toda mi alma darle un abrazo muy apretado.

» Rafael os saluda; anda muy ocupado con los preparativos de la marcha; no podeis figuraros qué carácter tan melancólico tiene; yo no le conocí tampoco esa propension hasta que os fuisteis de aquí el año pasado, pues como nos casamos sin habernos tratado apénas, le comprendía poco; no obstante, es bueno y complaciente, y parece quererme, aunque estoy segura de quererle yo más.

» En suma, soy dichosa, y lo seré completamente cuando pueda abrazaros.

» Adios; hasta muy pronto.

ADELINA.»

—¡ Dios mio! ¿qué es lo que tienes? exclamó Julia al ver la sombría expresion del semblante de su marido.

—La comida espera á los señores, dijo Florentina asomándose á la puerta del jardinillo.

—No tengo nada, respondió Diego; vamos á comer.

Ambos esposos abandonaron el jardin; mas al ir á salir del patio para subir la escalera que conducia á la habitacion, oyeron parar un coche á la puerta.

Abrióse la portezuela, y una jóven morena y risueña, de estatura mediana y vestida con un elegante traje de camino, saltó al suelo.

Era Adelina, que corrió á arrojarle en los brazos de Julia en tanto que se apeaba su marido.

Despues del primer trasporte subieron todos al comedor, y Julia, con su dignidad acostumbrada, rogó á los dos esposos que participasen de su modesta comida.

Rafael lanzó á la mesa una mirada de desden y dijo que no tenía gana de comer nada.

En cuanto á Adelina, se sentó y empezó á comer con su franca alegría y su apetito de niña.